

# CARMEN, LA DE ETCHALAR Y DON JOSE, EL DE ELIZONDO

Santiago AIZARNA

De usar yo un a modo de espíritu volteriano diría aquello que todo el mundo sabe y que otros, sin usar otro espíritu que el que Natura les dió (no digamos que si generosa o parca en su oferta), lo proclaman sin vergüenza alguna y a boca llena, es decir, que toda maravilla que en el mundo haya sucedido procede de los vascos. No es mi intención, en modo alguno, el querer adentrarme por las ilustres sendas de un sabroso pitoreo como alguno haya podido temer al leer las precedentes líneas, sino más bien, referirme a una de aquellas características o coincidencias que aunque inherentes a nuestro patrimonio cultural parece que estuvieran un poco olvidadas o definitivamente ignoradas por culpa, seguramente, de su segundona categoría o porque el absurdo hábito de leer no ha prendido afortunadamente entre nosotros, que de no ser así, y dada nuestra inveterada afición a contemplarnos nuestro propio ombligo, y a autosatisfacernos en el onanismo de estar admirando sus perifollos y archivoltas, es seguro que la hubiéramos aireado más veces. Me refiero, claro está, a la más sonada, tópica y mítica "españolada": la de Carmen, mujer de rompe y rasga; modelo de coima de torero o de bandolero de la sierra que viaja sobre ancas de caballo en vaivén, con "la Arabia en los ojos y la navaja en la liga" en pintura de Villalón, el señorito poeta; la figura de mujer más representativa del alma, del desgarrro, de la pasión y de la furia española: la Carmen que creó la descriptiva pluma de un escritor francés, Próspero Mérimée, y que baila a través de todo el mundo a los sonos de la música de otro franchute, Georges Bizet; esa cigarrera sevillana que es, seguramente, la más universal de las mujeres españolas y la que más simbolismo ha asumido sobre sus andanzas de hembra pérfida y maléfica, capaz de llevar a la perdición al hombre más honesto; resonancia de mujer fatal en los dentros más aternurados del alma popular; del folklore que supo vestirse de traje de gala y que dió el gran salto desde la fábrica de cigarros hasta las catedrales de la música; mujer que, si ha de creérsele a su enamorado asesino, don José, que por boca de ella misma supo de su origen y procedencia, nació precisamente en ese espacio de tierra en el que el espinazo altivo de los Pirineos gusta de la voluntad de quebrarse y hundirse en hondonada, Etchalar (en grafía del propio Mérimée), una de las Cinco Villas de la Montaña o Bortzerri, puerta (abierta o cerrada según se mire) a las tierras de Labort o de Labourd (ecos horrisonos del juez De Lancre y de sus procesos memorables, cuando por el lado de Zugarramurdi, en la misma frontera labortana, se aproxima la figura del inquisidor Juan Valle Alvarado, procedente de Logroño)... De 1610 en que tienen lugar estos famosos procesos, a 1845 en que Mérimée publica su relato breve (Carmen), la fisonomía de las tierras vasconavarra que se alzan y se desploman más que se extienden, del otro lado del Bidasoa, han cambiado seguramente mucho, pero es de creer, igualmente, que la resonancia brujeil permaneciera muy viva como, en cierto modo, aún hoy mismo, permanece, lo que motivó seguramente a Mérimée y a otros románticos viajeros a caminar hacia ellas dentro de esa tentación que en el alma de los tráfugas andariegos se suscita de ir a conocer 'in situ', lo insólito, lo típico, lo misterioso y curioso. Al menos tres viajes realizó Mérimée a España, es decir, en 1833, 1840 y 1846, y es seguro que en su camino hacia la frontera o



viniedo de ella -por los lugares mismos que aquel cura de Sumbilla, Gorriburu, en la diligencia que llevaba de San Sebastián a Pamplona proclamaba unos pocos años más tarde ante otro viajero ilustre llamado Justin-Edouard-Mathieu Cenac Moncaut, que el Paraíso terrenal estuvo regado por las aguas bidasotarras, se topó con la gitanería andante que siempre proliferó a orillas de ese río fronterizo, y cuya última secuela literaria acaso, aunque no la real que le pervivió y aún pervive, se encuentra en los textos barojianos, con Jaun de Alzate como reliquia de paganía naturalista, y la cohorte de trashumantes seres que alzan su vivac nocturno cabe las rumorosas aguas bidasotarras donde no sería nada extraño captar la fugaz silueta de alguna "maitagarri" ondina "peinándose las sus trenzas" al claro de luna, nínfulas revestidas de la magia de la noche y de un cierto aroma de sensualidad trascendida y que, ya sin curiosidad alguna por estar tan acostumbradas, se acercan sin embargo al rústico carro de los gitanos que se han procurado momentáneo asueto y descenso. De uno de esos carros que sestean a la vera del río salmonero dando cobijo bajo su entalamadura a los churumbeles gitanos mientras los entecos jamelgos ramonean las yemas de los arbustos fluviales, surge la figura carismática de Carmen de un golpe de observación y de otro golpe de imaginación, dos fundamentales virtudes de Mérimée, e igual procedencia literaria y geográfica tiene el otro personaje inmortal de don José, nacido en Elizondo, vasco y cristiano viejo, como él mismo confiesa a través de esta versión al castellano del texto de Mérimée: <<Nací en Elizondo, en el valle de Baztán. Me llamo don José Lizarrabengoa, y usted conoce bastante mi tierra señor para que mi nombre le diga en seguida que soy vasco y cristiano viejo>>. Habla luego de su genealogía, en Elizondo, y de cómo le quisieron hacer estudiar, aunque sin provecho, porque le gustaba demasiado jugar a la pelota, y de cómo eso le perdió, porque cuando los navarros juegan a la pelota se olvidan de todo. Cuenta, más tarde, de cómo cruzó su "maquila" con un mozo de Alava, y ganó, pero aquello le obligó a abandonar el país, yendo a encontrar a los dragones y alistándose en un Regimiento de Caballería. <<La gente de nuestras montañas aprende de prisa el oficio de soldado -prosigue- Pronto fui cabo y me había prometido ascenderme a sargento encargado del alojamiento de la tropa cuando, para mi desgracia, me pusieron de guardia en la manufactura de tabacos de Sevilla>>.

Aquí comienza la tragedia de don José Lizarrabengoa, esa voz de tenor que alza su queja y gruñe su pasión ante la soprano Carmen y el bajo Escamillo en la ópera de Bizet, ese don José que apuña a su amor con la faca de "el Tuerto" y que se instala con fuerza en la mitología de la más exasperada y tópica español-

lada, mito de Carmen que traza el más rutilante y zigzagueante rasgo de la hembra andaluza legendaria, cantes y coplas en la memoria de las gentes, el cine en reverberos de querer captarla en su inédita y neta realidad, para lo cual surgen uno y otro y otro intento, desde Feyder hasta Saura cuando menos con nombres como De Mille, Lubitsch, Florián Rey, Christian Jacque, Demicheli, Preminger, Rosi, etc, en el empeño, o con los otros nombres de Pola Negri, Vivianne Romance, Imperio Argentina, etc., Carmen echa a volar en la leyenda, desde ese mismo lugar en donde fenece el vuelo de tantas palomas viajeras en pasa y contrapasa, y que tuvieron la mala suerte de tropezarse con la aviesa red invisible, y muy cerca de ese otro lugar, famoso también en la evocación brujeril, en donde los sabáticos aquelarres se revestían de una pompa y esplendor que luego nunca jamás tuvieron, lugar de Zugarramurdi proyectado a la universal advocación demoníaca.

La romántica imaginación de Merimée hace que el adusto y seco baztanés don José se enamore de Carmen con pasión desmedida oyéndola a ésta hablar algunas palabras en euskera y mentándole la tierra común, lenguaje al que se acoge para mejor adentrarse en el alma y en el sexo del dragón hasta quedar encoñado por ella. En versión castellana igualmente del texto francés de don Próspero, leemos la transcripción que don José hace de lo que Carmen le dijo: «Yo soy de Etchalar!, me dijo ella. Los gitanos me llevaron a Sevilla. Trabajaba en la manufactura para ganar algo con qué regresar a Navarra, al lado de mi pobre madre que no tiene más sostén que yo y un pequeño 'barratzea' con veinte manzanos de sidra. ¡Ay, si estuviera en el pueblo, ante la montaña blanca! Me han insultado porque no soy de este país de estafadores, vendedores de naranjas podridas; y esas miserables se han puesto todas contra mí porque les he dicho que todos sus 'jacques' de Sevilla con sus cuchillos no darían miedo a un mozo de los nuestros, con su boina azul y su "maquila". Compañero, amigo mío, ¿no hará usted nada por una paisana?» Palabras que luego, en la memoria de don José se yerguen, le arden de indignación, de contemplarse en aquel pasado en que estaba poseso de embrujadas sensualidades y no percibía el engaño en que se sumergía: «Mentía, señor, siempre ha mentido. Ignoro si en su vida ha dicho una sola palabra de verdad; pero cuando ella hablaba yo la creía: era más fuerte que yo. Destrozaba el vasco y la creí navarra, mientras sus ojos, su boca

y su tez decían que era gitana. Estaba loco, ya no me fijaba en nada.» Y si don José fué engañado por la sensualidad que emanaba de Carmen -no en vano parece el urogallo víctima de su rijosidad incontenible- y no por sus palabras euskéricas mal pronunciadas, cabe hacer una breve reflexión sobre la humorada de Merimée, que, al crear una figura simbólicamente inmortal de la mujer española por antonomasia y proyectarla internacionalmente, la extrae de un pequeño burgo vasco enclavado entre montes, la quiere moldear desde la materia prima de una 'neska' vasconavarra que maneja un idilio pasional con un serio 'mutil' de Elizondo, vecinos ambos originalmente por así decirlo, de manera que la mujer española tópica, la andaluza que arrastra semánticas inefables en el ruedo de su vestido de faralaes, se encarna en una muchacha de Etchalar que fuera robada por unos gitanos, no sin que antes aprendiera las dulces palabras de amor y amistad "laguna, ene bihotsarena"; los saludos amicales, 'agur, laguna', o las expresiones de respeto, "bai jaona", que supieron cavar honda herida amorosa en el corazón del dragón de Elizondo, todo ello dentro de una difícil mescolanza, la del alma vasca y andaluza, en paralelismos osados que luego, algún escritor vasco, como en el caso de José María Salaverría, no dejará de ver, como se trasluce de un artículo que escribiera en 1917, y en donde se habla de "la tentación andaluza" y de los motivos psicológicos que arrastran al vasco hacia ella, porque «es como un vino radiante y fino, como una copa de manzanilla; es una tentación hecha de ensueño, de luz, de gracia, de abandono aristocrático y de embriaguez; es la tentación de la orgía, pero la orgía bella y arrogante, la célebre "juerga andaluza".» Y prosigue, aventurando una teoría arriesgada sobre los pueblos inglés y vasco: «Hay pueblos que irremediamente se han de sentir atraídos por la tentación andaluza: son los pueblos que 'saben perder la cabeza...' Pueblos que se embriagan, que pueden llegar a enloquecer, que pueden olvidar la medida, que se abandonan... De estos pueblos lo es el inglés; lo es también el vasco». ¿Acaso supo ver también Merimée, esta afinidad del vasco hacia lo andaluz y de la indomeñaba atracción de "la tentación andaluza"?

Sea como fuere, el hecho literario está ahí y es incuestionable. Carmen, la mujer-símbolo más notable de la españolada más tópica, nació en Etchalar porque así le plugo a la romántica imaginación de Merimée y anda garbosa por el mundo entero sin que muchos de sus paisanos sepan su origen.

